

uniforme sin tintes, como el de la liebre ordinaria, no siendo el pelaje de la liebre alpina tan basto como el de esta. Cuando el otoño se aproxima, las mismas transformaciones de colorido se operan en sentido inverso: siendo empero, los cambios de temperatura mucho más bruscos, aquellas se hacen mucho más rápidamente, y empezando á primeros de octubre concluyen ya á mediados de noviembre. A la par que su compatriota la gamuza adquiere un pelaje más oscuro, la liebre se vuelve blanca. No podemos fijar época para la transformación del colorido, puesto que eso depende de la temperatura, lo mismo que sucede con el armiño y el lagópedo, sujetos á las mismas leyes; la época de la coloración nueva, que generalmente principia en octubre, depende seguramente del momento en que se verificó la muda de invierno, porque los pelos blancos vienen á sustituir á los grises que habían caído. En la primavera la transformación se opera en el mismo pelo: los más largos de la cabeza, del cuello y del lomo, se vuelven pardos á partir de la raíz, y el bozo fino y blanco adquiere un tinte gris: sin embargo no podemos asegurar que se verifica al mismo tiempo la muda parcial. La liebre de los Alpes se distingue de la liebre ordinaria porque su pelaje de verano es más bien gris aceitunado, mezclado de negro, mientras que la otra presenta un tinte más claro de pardo rojo; en la primera el vientre se conserva siempre blanco, lo mismo que en la parte de la oreja, y en la segunda la parte inferior del cuerpo amarillo ó blanco.»

Según las observaciones que hice en las liebres blancas que tenía cautivas, Tschudi no ha descrito exactamente el cambio de color. La liebre también echa el pelo una sola vez y precisamente en primavera, mientras que hacía el otoño se viste de invierno, con solo cambiar el color de su pelaje de verano. Como en el zorro polar y el armiño, el pelo continúa creciendo después del cambio de color y se vuelve siempre más espeso, á medida que el invierno adelanta, hasta que en la primavera los pelos nuevos que están por despuntar, hacen caer los viejos. Los pelos palidecen más temprano ó más tarde, según la localidad; pero la muda, según opina Tschudi, no se efectúa ciertamente en otoño. El cambio de color tiene lugar de abajo arriba, de suerte que primero se vuelven blancas las piernas, y por último, la espalda. En el animal en que yo observé el cambio, empezó el 10 de octubre y á fin de mes había ya adelantado tanto, que las rodillas ó la articulación, el pescuezo y la parte posterior de los muslos, eran ya blancos, mientras el pelo de las demás partes del cuerpo, si bien se mostraba un poco más claro que al principio, no participaba todavía del cambio de color. En aquella época la piel parecía cubierta de un velo blanco transparente. En noviembre, el color blanco aumentó rápida y simultáneamente en toda la parte superior; el gris desapareció siempre más y el blanco ocupó entonces en todas partes el puesto del color primitivo. No observé que el pelo le cayese, pero tampoco se podría afirmar con seguridad si se colora de la raíz á la punta ó viceversa; esto último parece ser lo más verosímil, mientras que se cree que en el zorro polar y en el armiño tiene lugar lo contrario.

Continuando Tschudi dice, que las transformaciones de colorido, descritas hasta ahora, son una especie de termómetro natural que anuncian el invierno y la primavera. Lamont, prior del Monasterio de San Bernardo, escribía el 16 de agosto de 1822 lo siguiente: «El invierno será muy riguroso, pues la liebre de los Alpes viste ya su pelaje blanco.» Pero nosotros creemos que las transformaciones de colorido no son consecuencia de la temperatura; porque muchas veces el animal cambia su pelaje á la llegada de los primeros calores y así se conserva, aunque, como sucede á menudo, el frío y la nieve vuelvan, dejando chasqueados á los que sobre estos cambios

hayan formado profecías. También á esta opinión de Tschudi se oponen otras observaciones. La liebre rusa de las nieves echa su pelaje blanco muchas veces antes de la primera nieve y luce entonces, para servirme de las palabras del respectivo autor, «como una estrella en el verde oscuro del follaje y en el pardo amarillo de la yerba seca.»

«La liebre de los Alpes, dice Tschudi, se encuentra con seguridad en todos los cantones de los Alpes en las alturas y al menos es allí tan frecuente, como lo es la liebre campestre en la zona inferior. Vive con preferencia entre los últimos abetos y las nieves eternas, á la misma elevación que el lagópedo y la marmota, es decir, entre los 1,600 y 2,600 metros, pero prolonga sus excursiones á mucha mayor altura.» Lehmann vió una de estas liebres á 3,600 metros en la última cima del Wetterhorn. El invierno le hace dejar estos parajes para buscar regiones inferiores á mil metros de alto, y apenas el sol calienta un poco la tierra, sube otra vez al punto de donde partió. En el verano se alberga este animal entre las piedras, en una gruta ó debajo de los pinos enanos. El macho se acuesta con la cabeza levantada y las orejas derechas, y la hembra inclina estas y apoya aquella sobre las piernas delanteras. Por la madrugada y más frecuentemente aun por la noche, abandona la pareja para ir en busca de su nutrición. Cuando comen tienen las orejas en continuo movimiento, alzan la cabeza, olfatean y miran á todas partes para asegurarse de que ningún enemigo les persigue, ya sea el zorro, el águila, las martas, los halcones, los cuervos ó los buitres que sin embargo son raros en tales alturas, y también las comadreja que tienen bastante fuerza para coger una liebre pequeña. Se nutren regularmente de trébol, matricaria, violetas, sauces enanos y corteza de laureola hembra, jamás tocan los acónitos y los geranios por mucha hambre que tengan, y por escaso que sea el alimento, lo que hace suponer que también para ellas estas plantas son venenosas; hecha su comida, se acuestan sobre la yerba ó encima de una piedra que el sol haya calentado, siendo entonces difícil verlas porque su color es casi igual al del terreno. La liebre variable bebe muy poco; por la tarde salta alrededor de las rocas, pasea, come algo, pero siempre en acecho; pasado algún tiempo vuelve á su retiro; las martas, los veso y los zorros la persiguen de noche; el gran buho, que podría cogerla sin dificultad, ya no habita aquellas alturas; el pobre animal es muchas veces víctima de la rapacidad de las aves; hace poco en las montañas del Appenzel un águila que acechaba en un abeto, cogió una liebre y se elevó con ella á los aires á la vista de los cazadores.

«La liebre pasa muchas veces una triste vida en el invierno, porque si este la sorprende antes que haya abrigado su cuerpo con su espeso pelaje invernal, pasa muchas veces diversos días debajo de una piedra ó de un jaral sin atreverse á salir, sufriendo el frío y el hambre. Lo mismo que los tetracos de ganchuda cola y los lagópedos, se deja cubrir y entrar debajo de la nieve, algunas veces de un espesor de 6",60, si la tormenta la ha sorprendido al aire libre, y de allí no sale hasta que el frío ha condensado y endurecido perfectamente el terreno, practicando galerías que le permiten ir á buscar su alimento, consistente entonces en hojas y raíces de plantas. En medio del invierno se retira á los bosques, comiéndose al paso las yerbas y royendo las cortezas. Muy frecuentemente busca las chozas de los montañeses donde estos han puesto heno. Cuando consiguen estos roedores introducirse en una de estas cabañas se quedan allí algún tiempo comiendo lo que pueden, y ensuciando lo demás con sus excrementos; este recurso empero es de poca duración, puesto que los montañeses van á menudo á aquellas alturas á buscar el heno para llevarlo á los valles. Faltos de otra nutrición, apro-

vechan la paja que cae de los trineos y el forraje de las caballerías de los leñadores. Mientras se trasporta el heno, se ocultan en los heniles, teniendo cuidado de encaramarse detrás de los montones para poder huir apenas se acercan los montañeses; en su huida, no corren directamente y hacen un desvío para avisar á sus compañeras del peligro y huir con ellas; cuando el viento ha barrido la nieve de algún sitio de la montaña, suben luego á los altos picos.

«La fecundidad de este animal es la misma que la de las otras especies; de cada vez da á luz la hembra entre dos y cinco pequeñuelos, grandes como un ratón, con una mancha blanca en la frente; á los dos ó tres días van ya detrás de la madre, saltando y buscando su alimento. Generalmente esta liebre pare dos veces al año, la primera en abril ó mayo y la segunda en julio ó en agosto, aunque muchos suponen que, entre estos dos partos, se verifica un tercero, y los cazadores aseguran que encuentran á cada paso, desde mayo hasta octubre, lebratos de un cuarto del tamaño de los adultos. De treinta días es el plazo de la gestación; es creencia entre muchos de nuestros cazadores que existen entre estos animales muchos individuos hermafroditas, que pueden reproducirse, sin ayuda de otro compañero. El olfato que tienen las liebres de que tratamos es tan fino, que hasta los más pequeños presienten el más leve peligro y se esconden en seguida, lo que hace que no se puedan observar fácilmente.

«La caza de la liebre variable ofrece sus penas y su utilidad; es pesada porque no puede emprenderse hasta que la nieve cubre toda la región alpina; en cambio es más segura que la de cualquier otro animal, pues el rastro reciente de una liebre conduce seguramente á su cama.

«Al descubrirse los puntos donde el animal escarba la nieve para nutrirse y una vez sobre la huella, nótese que esta se cruza en todas direcciones, formando una línea muy complicada é interrumpida por varios saltos; pero á corto trecho la pista vuelve á ser única y regular.

«Mas adelante describe una curva; complíquese nuevamente con algunas marchas y contramarchas, regularmente no tan enredadas y frecuentes como las de la liebre parda; por último, se termina por un círculo que rodea alguna grande piedra ó cavidad. Aparece allí la liebre tendida á lo largo sobre la nieve; duerme muchas veces con los ojos abiertos, moviendo las mandíbulas, lo que produce en sus orejas un continuo y particular temblor.

«Cuando el tiempo es crudo y acompañado de un viento helado, como es frecuente en estas alturas, la liebre se oculta en algún agujero que hace en la nieve, en cuyo caso el cazador puede tirarle con facilidad. Si el tiro ha sido mal dirigido, huye á grandes saltos, aunque no se aleja mucho y es fácil, por consiguiente, encontrarla de nuevo.

«Los crujiidos y las detonaciones no le causan mucho susto, acostumbrada como está á oírlos.

«Es muy fácil que el cazador tire en la cama á cuatro ó cinco liebres en un mismo día, pues el ruido de los tiros no las hace huir; aun en la época del celo no se ven nunca dos liebres en la misma yacijas; dejan impresas en la nieve huellas muy particulares, anchas y á grandes distancias unas de otras. El pié de la liebre de los Alpes, como el de la gamuza, es muy adecuado para recorrer aquellas regiones; la planta es muy ancha y los dedos más gruesos que los de la liebre vulgar; cuando corre, estos se desvian unos de otros de modo que el pié presenta mayor base é impide que el animal se hunda en la nieve; sus uñas protractíles le son muy útiles para caminar sobre la nieve; en la caza con perros, la liebre no huye tan pronto de sus enemigos como su congénere del valle, y cuando se ve acosada de cerca, nunca

busca su refugio en las guaridas de los zorros, y raras veces en las de las marmotas. Parece extraño, mas es un hecho que la liebre de los Alpes se domestique más fácilmente que la liebre común; en cautividad se familiariza pronto, pero por bueno que sea el régimen usado con ella, no engorda mucho y vive poco. Si le mudan su habitación para el valle, parece que le falta el aire puro de los Alpes. Aun aquí cambia el color del pelaje; una de estas liebres vale cuando mucho dos pesetas, la carne es muy sabrosa y la piel tiene poco valor; los cruzamientos entre la liebre ordinaria y la de los Alpes han sido puestos muchas veces en duda. Tampoco se ha creído en la existencia de los híbridos de estas dos especies, pero observaciones verdaderas demuestran lo contrario. En el Serufthal, donde con frecuencia acuden las liebres blancas, se ha cazado en el mes de enero una rojiza desde la cabeza hasta las patas anteriores, y blanca en el resto del cuerpo. En Aumon, en la orilla del Walleusu, se cazaron cuatro liebres todas de una madre, de las cuales dos tenían la parte anterior del cuerpo blanca, y el cuarto trasero las otras dos, siendo el resto del pelaje gris pardo.

«Cierta cazador mató, en el Emmenthal de Berna, en el invierno, una liebre que tenía la frente y las patas anteriores blancas y un anillo blanco en el cuello. Se ignora si estos híbridos son fecundos.»

Según mis propias observaciones, puedo asegurar que á lo menos las liebres cautivas de ambas especies se aparean con buen éxito. La liebre blanca que más arriba he citado, y que yo cuidé por espacio de más de un año, parió el 2 de junio tres cachorritos, hijos suyos y de una liebre campestre. Yo llegué precisamente al lugar en el momento que acababa de parir, y estaba lamiendo sus hijos para así enjugarlos. En seguida que me vió los cubrió muy hábilmente con ambas piernas, de suerte que solo podían verse mirando muy atentamente. Los tres vivieron y prosperaron; mas como después desaparecieron, no me es posible dar sobre ellos más detalles.

#### LA LIEBRE DE ETIOPÍA—LEPUS ÆTHIOPICUS

CARACTERES.—Las liebres africanas son todas de África y se distinguen de las nuestras por su pequeñez y por sus orejas mucho más largas. El colorido de su pelaje se asemeja al de la arena, lo que no es extraño, porque esta liebre se halla solo en el desierto propiamente dicho, ó al menos muy cerca de él, mientras que en las costas orientales de África se observa otra especie parecida á la nuestra, pero con orejas más largas. En la primavera de 1862 vi á menudo, en mi corto viaje, esta especie en las llanuras del Samhara, y también el *erneb* de los árabes (*Lepus aethiopicus*), en las altas mesetas del país de los Bogos.

Si bien esta especie es generalmente torpe y de cortas facultades intelectuales, contrasta con esto su osadía.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Me sirve para caracterizar toda la familia la descripción siguiente, en la cual se demuestra que la liebre no es miedosa por naturaleza, y que ha sido el hombre quien le ha hecho adquirir esta cualidad.

Los habitantes de las montañas y costas de la Abisinia, á pesar de que son mahometanos ó cristianos, observan todavía mucho la ley de Moisés, y no comen la carne de la liebre; por esto y por el poco valor de la piel, el hombre no la persigue, y por consiguiente el animal no lo considera como su más peligroso enemigo. No puedo explicarme de otra manera la audacia y estupidez de esta liebre, tan orejuda y con sus grandes patas, que llega á ser tan abundante en los sitios

no frecuentados por los europeos, que muchas veces el cazador ve saltar delante de sí seis u ocho á la vez. El colorido de su pelaje está tan identificado con el del terreno, que cuando está en la cama, con dificultad se la percibe. Cuando el animal siente algun ruido, se despierta é investiga la causa de él; si ve á un hombre no se da prisa, y se dirige paso á paso hácia la primera mata, se alza sobre sus piernas posteriores y pone las orejas en direccion del sitio donde ha sentido el rumor. Los matorrales que cubren las llanuras habitadas con preferencia por el *erneb*, son tan escasos y con tan poca vegetacion, que sin dificultad se descubre la liebre á poca distancia. Debemos suponer que esta se cree en perfecta seguridad, puesto que le importa poco que el hombre se acerque hasta 30 pasos de distancia de ella; solo entonces busca lentamente un escondrijo en otro jaral. El que

quiera divertirse de este modo puede hacerlo muchas horas, sin que la liebre cambie de táctica, ni aun cuando se le ha tirado, sin herirla; en este último caso se da un poco mas de prisa y elige una mata mas distante para esconderse, pero ni el ruido de los tiros ni el silbido del plomo, le causan gran miedo, puesto que continúa dejando acercarse al cazador y mirándole con todo descaro; cuando no se le tira y se la hace únicamente huir de la mata, se puede estar seguro de encontrarla al dia siguiente allí, puesto que vuelve siempre al punto por ella una vez elegido.

Difficil es figurarse cuán monótona y enojosa es semejante persecucion para el que está acostumbrado á cazar la liebre en nuestros países; irritase uno contra el animal, y casi se avergüenza de perseguir á un sér tan estúpido.

No sucede lo mismo cuando sigue la pista de esta liebre

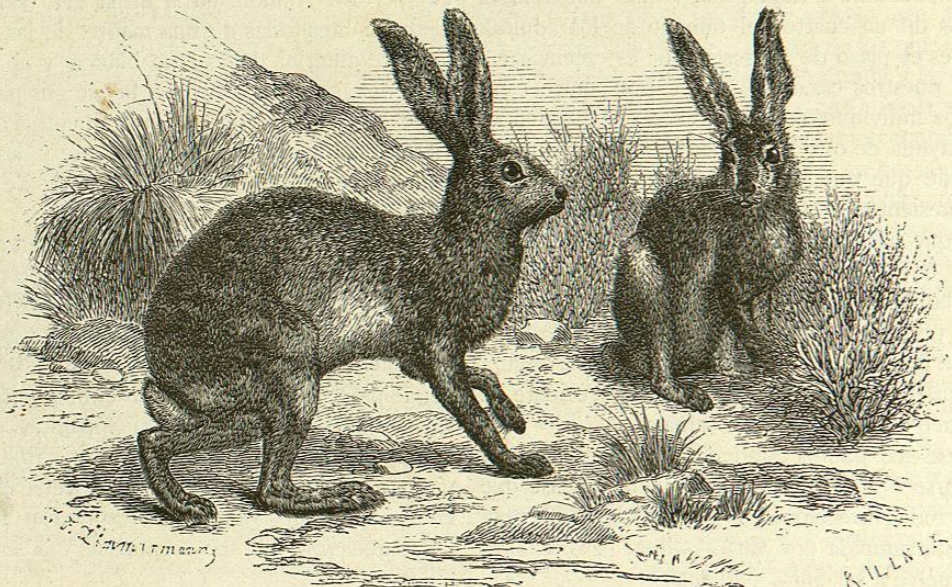


Fig. 96.—LA LIEBRE DE ETIOPÍA

un perro, y acaso tambien un zorro, un chacal ó un lobo. El animal sabe que en tal caso no le bastarian algunos pasos rápidos para escapar, ni le servirian tampoco los matorrales de seguro refugio, y por lo tanto corre con tanta ligereza como la liebre de Europa. Escápase con frecuencia del peligro terrestre, pero ciérnese en los aires un enemigo mucho mas temible que los otros para la liebre de Etiopía; tal es el águila, que espera el momento en que el pobre roedor debe salir á la llanura descubierta, para caer sobre él y arrebatarle entre sus poderosas garras.

#### EL CONEJO—LEPUS CUNICULUS

**CARACTÉRES.**—Este animalito se distingue de la liebre por ser mucho mas pequeño y de estructura mas delgada. Tiene las orejas y la cabeza mas cortas, lo mismo que las piernas anteriores; mide 0<sup>m</sup>,40 de largo, de los cuales 0<sup>m</sup>,07 se cuentan para la cola; los machos adultos pesan de dos á tres kilogramos cada uno; las orejas de estos animales son mas cortas que la cabeza; la cola es negra en su parte superior y blanca en la inferior; la base de coloracion del pelaje es gris, tirando á pardo amarillo en la parte posterior del cuerpo, á rojo amarillento en la anterior y un poco mas claro en los costados y piernas; la parte interna de las extremidades, el vientre y la garganta son blancos; el cuello en su parte anterior es gris con tinte de rojo amarillento y la superior herrumbrosa. Esta especie no ofrece tantas variedades como la liebre.

Casi todos los naturalistas están de acuerdo en que la morada primitiva del conejo fué el sur de Europa, y que en todos los países al norte de los Alpes se introdujo despues. Plinio lo menciona con el nombre de «Cuniculus.» Aristóteles le llama «Dasytus.» Todos los antiguos escritores afirman que España es su patria. Strabon dice que el conejo de las Baleares pasó á Italia; Plinio asegura que á veces se multiplica en España hasta lo infinito, y en las islas Baleares llega á causar carestias en los granos, destruyendo toda la cosecha. Los habitantes de la isla pidieron al emperador Augusto el auxilio de la fuerza armada contra estos animales, y los cazadores de conejos eran muy buscados.

El conejo comun ó silvestre habita hoy día toda la Europa central y meridional; abunda mucho en ciertos puntos, y particularmente en la cuenca del Mediterráneo, aunque se le persigue en todas las estaciones. Fué introducido en Inglaterra por los aficionados á la caza; y en los primeros tiempos era muy apreciado, pues en 1309 valia uno de ellos tanto como un cerdo. Inútilmente se ha tratado de aclimatarle en Suecia y Rusia: no puede vivir en los países del norte de Europa.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—El conejo elige su residencia en las colinas arenosas, barrancos y matorrales y en todos los sitios donde encuentra fáciles escondrijos; allí construye sus guaridas con mucha sencillez en los sitios donde el sol da de lleno; son muy sociables y forman verdaderas colonias.

Sus madrigueras se componen de una cámara circular excavada á grande profundidad con varias galerías angulosas, cada una de las cuales tiene á su vez diferentes salidas. El paso continuado del animal ensancha comunmente el agujero de entrada; pero las galerías son tan estrechas que el animal apenas puede justamente pasar; cada pareja tiene su madriguera especial, y aunque muchas veces las galerías se comuniquen, viven siempre de dos en dos, sin permitir á ninguno de sus congéneres habitar la misma madriguera. Para evitar el ser visto vive allí oculto todo el dia, excepto cuando hay cerca de su vivienda matorrales muy espesos donde pueda buscar su alimento; tampoco antes de la noche abandona su guarida para ir á comer, pero siempre con suma prudencia y mirando mucho antes de alejarse de ella; si se apercibe de algun peligro avisa á sus compañeros, pateando fuertemente con sus patas posteriores en el suelo; á esta señal todos vuelven inmediatamente á sus guaridas. Los movimientos del conejo son muy diferentes de los de las liebres; aquellos, en el primer momento de la huida, son mucho mas

rápidos y ágiles; saben perfectamente hacer recortes en el terreno y para cazarles se necesita un perro muy bien amaestrado y un excelente tirador.

Tiene el conejo mucha mas astucia que la liebre; es difícil sorprenderle cuando come y se esconde fácilmente; si corre en línea recta sería muy pronto alcanzado por los perros, por eso se esconde en toda clase de grietas, agujeros y huecos, escapando así fácilmente á la persecucion de sus enemigos. Es muy sociable, vive en familia y sus costumbres ofrecen particularidades interesantes. Las madres cuidan con gran cariño de sus pequeños; estos á su vez respetan mucho á sus padres, y sobre todo el abuelo de una familia entera es muy obedecido.

Como la hembra de la liebre, tambien la del conejo está preñada treinta dias, pero inmediatamente despues del parto puede entrar de nuevo en el período de la gestacion, y por lo tanto en un año se eleva su descendencia á una cifra considerable. Hasta octubre pare cada cinco semanas de cuatro á doce hijos en una cueva especial que tiene cuidado de for-

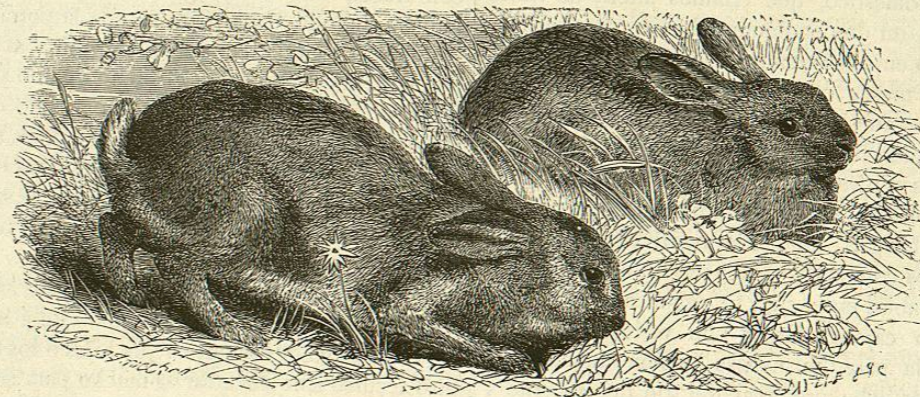


Fig. 97.—EL CONEJO COMUN O DE CAMPO

rar antes con el blando pelo de su vientre. Los pequeños permanecen algun tiempo ciegos, y hasta el nuevo parto de su madre se quedan con ella en su caliente nido y maman. La madre es muy cariñosa y abandona la familia solo el tiempo que necesita para alimentarse. Con este motivo busca al marido para pasar con él un rato, aunque sea corto, en dulce intimidad; pero muy pronto vuelve á los objetos de su amor y cumple fácilmente sus deberes de madre, aunque sea sacrificando todos sus placeres.

Ni siquiera al marido le está permitido el acceso al nido de los hijos, porque la cuidadosa madre sabe probablemente que él, en un momento de enfado ó por una exagerada ternura, es capaz de quitarles la vida. Pero en esto no obra él seguramente con malignidad, pues recibe á sus hijos, cuando los ve por vez primera, con la expresion de una verdadera ternura; los toma entre sus patas, los lame y divide con la hembra la molestia de enseñarles á buscar su nutricion.

En los países cálidos, los conejos nuevos pueden ya reproducirse al quinto mes de su edad, y en los climas fríos al octavo.

Su completo desarrollo no se realiza hasta el año. Segun los cálculos de Pennant, la propagacion de una pareja de conejos puede ser tan grande que alcance en cuatro años la cifra de 1.274,840 individuos, admitiendo que la hembra para siete veces en el espacio de doce meses y en cada una de ellas ocho hijos. Aunque se ha dicho que los conejos tenian la facultad de cruzarse con otros roedores, esta afirmacion no tiene fundamento.

La nutricion del conejo es exactamente la misma que la

de la liebre, pero causa un daño mas notable que esta, no solamente porque se limita á un pequeño espacio, sino tambien por su aficion á la corteza de los árboles, con lo cual destruye á veces plantaciones enteras. Se pueden apenas concebir los destrozos que puede causar una tribu de conejos con su extraordinaria fecundidad si no se procura evitar su multiplicacion. «Este roedor es sumamente perjudicial, dicen los hermanos Muller en su notable librito sobre los mamíferos y aves indígenas, considerado bajo el punto de vista de la utilidad que aportan ó del daño que causan, y esto se manifiesta y prueba no solamente por medio del daño considerable que causa en todas las plantas del campo y del bosque, sino tambien de otros dos modos: es decir, primero por la abundancia con que se presenta en un mismo lugar, y segundo por las perjudiciales excavaciones que, como habitante subterráneo, practica en el terreno.

»En los puntos donde pasta es mas perseverante que la liebre, y como no se aleja mucho de su cueva, es visiblemente mas nocivo que su congéner. Este perjuicio es mas considerable aun si se consideran sus destrozos en el bosque, de los cuales todo atento guarda-bosque puede dar testimonio evidente. Desde el saúco hasta los mas altos árboles del bosque, caen todas las jóvenes plantas bajo su diente que está en perenne movimiento.

»Lo que hace la ardilla en uno de los árboles, lo hace el conejo en el suelo, puesto que excava, por medio de galerías, en todas direcciones, causando daño hasta en los bosques, en especial los de pinos, abetos, alerces, etc., que se hallan en terreno movedizo.»